



Ernesto Calvo y Natalia Aruguete
Fake News, trolls
y otros encantos
Siglo XXI editores, 2020, 228 pp.

Alejandra Yuhjtman¹

El problema principal que Ernesto Calvo y Natalia Aruguete encaran en el libro *Fake News, trolls y otros encantos* es explicar cómo funcionan las redes sociales y por qué pueden considerarse como medios de comunicación de noticias, tanto como los medios tradicionales de radio, televisión y periódicos. Sin embargo, rápidamente resuelven este asunto y pasan a cuestiones de mayor interés: los mecanismos dinámicos que regulan los intercambios de contenidos en estos entornos virtuales. El texto se organiza en tres partes, que delimitan ejes de análisis: los usuarios, los encuadres y las redes. La primera parte, capítulos 1 a 6, es acerca de los usuarios. En la segunda, capítulos 7 a 9, el análisis es acerca de los encuadres. En los capítulos 10 a 11, la tercera y última parte, las redes.

El capítulo 1 se inicia con el relato de un episodio de trascendencia en Estados Unidos, ocurrido el 9 de noviembre de 2016, luego del triunfo electoral de Donald Trump. El relato ilustra cómo el mecanismo de funcionamiento de las redes sociales colabora de un modo particular en la difusión de las llamadas “fake news”, mostrando que no debe entenderse como difusión deliberada de información falsa. La facilidad con la que los dispositivos y formatos digitales permiten publicar contenido conformado principalmente de imágenes o videos breves, genera que se proporcione información incompleta, susceptible de ser rellenada por parte del lector con información que considera omitida

¹ Profesora de Nivel Medio y Superior en Ciencias Físicas (Universidad de Buenos Aires). Doctoranda en Epistemología e Historia de la Ciencia (Universidad Nacional de Tres de Febrero). aleyuh@gmail.com.

o directamente deducible por descarte de otras posibles. En este caso, la publicación consistía en una imagen de varios micros estacionados en las inmediaciones de una zona donde se desarrollaba una protesta opositora, acompañada de un breve texto que daba a entender que esos autobuses habían transportado hasta allí a militantes demócratas para participar de la protesta. Pero el texto que acompañaba la imagen no era más que un prejuicio, pues no se contaba con datos suficientes para apoyar esta afirmación. Se muestra, entonces, que la repercusión que este contenido alcanza en redes sociales logra transformar este prejuicio en información. Poco tiempo después se sabe que los micros estaban allí por otro motivo, lo cual transforma, a su vez, esta información en información falsa.

La primera de las preguntas que se encaran a continuación es si el prejuicio de la publicación original fue casual o si se puede encontrar alguna intencionalidad implícita en el contexto que le dio lugar. La segunda pregunta es cómo es posible que un contenido con información falsa tenga tanta repercusión, incluso mucho más que una posterior publicación de la misma persona reconociendo su error para enmendar su equivocación. Las respuestas a ambas preguntas se desarrollan a partir de un concepto de relevancia para el mecanismo de funcionamiento de las redes sociales: el concepto de “preactivación”, propio del área de la comunicación política. La preactivación es *preparar a un sujeto para que sea sensible a una determinada línea argumental*. Esto explica por qué tanto la persona que escribe un prejuicio que puede, o no, ser erróneo, crea que no hay otra interpretación posible y, por lo tanto, es adecuada. Y lo mismo para quienes reciben esa comunicación. Lo que explica que la preactivación se materialice es el papel que juegan las creencias previas en el placer cognitivo de interpretar una situación de manera coincidente con ellas. Además, no solamente se trata de creencias previas individuales. El placer cognitivo es aún mayor cuando este razonamiento motivado es compartido con otros que, a su vez, son parte de esa misma motivación o preactivación, reforzando el sentido de pertenencia a una comunidad. Pero la transformación del prejuicio en información que se logra a través de las redes sociales no sería posible sin la intervención de lo que los autores denominan “autoridades de red”: usuarios con millones de seguidores, muchos de ellos representantes de algunos medios tradicionales. Todo esto, sumado a la estructura de la red que conecta todos estos usuarios, provoca la diseminación en cascada del mensaje, transformándolo en “noticia” sin que importe su relevancia o su veracidad.

En el inicio del capítulo 2 se reflexiona acerca de los orígenes y los fundamentos de nuestras certezas como individuos que participamos de la vida

en sociedad. Evitando adrede la referencia a la posibilidad o no de alcanzar la verdad sobre los hechos, se propone que los sujetos estamos alejados de la mayor parte de las evidencias sobre las que se sustenta nuestro conocimiento, y que, en cambio, este se fundamenta en los consensos, las instituciones y las comunidades de pertenencia. Esta distancia entre el saber y la evidencia, sostienen los autores, nos hace proclives a una confianza, tal vez exagerada, en las creencias colectivas, y, por lo tanto, más expuestos a los prejuicios. Pero ¿qué pasa cuando no hay consensos? Este es el escenario en el que proliferan las “fake news”: un escenario de ruptura de los consensos cognitivo, político y ciudadano.

La teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas y su reinterpretación de los “actos de habla” de J. L. Austin es el marco conceptual que se propone para comprender los mecanismos que rigen estas rupturas. En este ámbito se distinguen tres elementos en los enunciados comunicativos: el locucionario, el ilocucionario y el perlocucionario. El primero es el contenido del enunciado en sí, el segundo es la interpretación de este contenido y el tercero es la intencionalidad que subyace a la emisión misma del enunciado. El elemento locucionario explica la ruptura cognitiva cuando el prejuicio se asume como evidencia, como se mostró en el capítulo 1. El elemento ilocucionario explica la ruptura del consenso político cuando en la interpretación de un contenido lo más relevante es su valor como representación de un signo político. El elemento perlocucionario se pone en juego en la balcanización de las narrativas, al lograr la expulsión o eliminación de un contenido con potencialidad de evidencia para contradecir nuestras creencias: el consenso ciudadano se desvanece entre diferentes sectores de la sociedad que habitan espacios distintos en las redes. Los espacios difieren sustancialmente en sus contenidos como resultado de esta eliminación local de narrativas. Esta conceptualización se apoya en la descripción de los resultados de un experimento realizado a propósito de la controversia en la cantidad de asistentes y la magnitud del acto de asunción presidencial de Trump en Estados Unidos en enero de 2017.

En el capítulo 3 la pregunta es acerca de los compromisos afectivos que involucran las interacciones con discursos políticos concordantes o discordantes con las opiniones o posturas personales, que exceden la mera congruencia o disonancia cognitiva. El análisis se realiza desde el concepto de polarización afectiva: una distancia afectiva que se identifica entre diferentes grupos políticos, aún cuando el contenido de sus programas pueda guardar similitudes. Se muestra que esta distancia polarizadora genera la ilusión de un completo desacuerdo aún cuando se trata de un desacuerdo parcial.

Se toma como ejemplo una publicación en Twitter acerca de la desaparición de Santiago Maldonado, el joven que fue visto con vida por última vez durante una manifestación popular en reclamo por la recuperación de tierras tradicionalmente ocupadas por miembros de la comunidad mapuche en el Sur de Argentina, en agosto de 2017. Mediante los resultados de una encuesta, se muestra que la reacción de las personas a la publicación no es identificable únicamente con un acuerdo o desacuerdo racional, sino que además tiene un componente afectivo. Este componente incide en el modo de interactuar con esta publicación dentro de la red social: retuitear o no. Pero esta reacción afectiva no puede entenderse como una reacción frente a una u otra ideología política. Se comprende como resultado de la defensa de una ante los ataques de la otra, o viceversa. Es decir, sin que exista previamente un contexto en el que desde una ideología se interpreta que la otra la está atacando, la carga afectiva de la reacción no sería relevante.

El contenido de una publicación política ya no puede leerse por separado del elemento perlocucionario de Habermas: el carácter afectivo que adquiere una reacción a una publicación política emerge de la intención comunicativa que el usuario presupone en el mensaje. Se muestra, entonces, que esta carga afectiva tiene potencialidad política pues determina su propagación y su alcance. En los extremos en intensidad de la carga afectiva se identifica que hay mayor propensión a la re-publicación de un contenido en una red social. Luego, en el capítulo 4, se describen los mecanismos que regulan la intensidad, velocidad y alcance de esta propagación en las redes sociales. Se muestra cómo incide en gran medida quien creó el mensaje, en detrimento de su contenido en sus múltiples dimensiones previamente analizadas. Mediante experimentos de encuadre autoritativo, se comparan los niveles de aceptación de un mismo evento publicado por distintos medios. Además, se combinan estos resultados con las condiciones en que circula la información a través de las redes sociales: la atención selectiva y la activación en cascada, que depende de la comunidad a la que pertenezca cada usuario según su representación política o creencias previas.

El capítulo 5 se inicia con el problema de la interacción entre la preactivación de los usuarios y el fenómeno de la polarización: es esta última la que hace permeable la primera a los usuarios, y, a su vez, el mensaje propagado incrementa ese binarismo extremo. De esta manera, el habitar las redes sociales conlleva una percepción exagerada de la polarización.

Se analiza, entonces, el fenómeno de la polarización, no sólo como una distancia ideológica entre propuestas o políticas públicas de gestiones de partidos diferentes, sino como un fenómeno que abarca más variables y que

se puede explicar mediante los conceptos de contraste y asimilación que provienen de la psicología política (según Adams, Merrill y Grofman), para identificar la distancia o acercamiento simbólico a un término, propuesta, persona o partido, respectivamente. Un mismo término puede generar contraste o asimilación según cuál sea su encuadre comunicacional.

La idea se apoya en los resultados de una encuesta que mide la posición en el espacio ideológico de cada individuo y la compara con su percepción de la posición del partido al que apoyó con su voto. Se muestra que el encuestado ubica al partido al que no votó en el otro extremo del espacio ideológico autopercebido para el partido al que efectivamente votó. De esta manera, se pone en evidencia que la percepción de polarización se vincula al fenómeno de asimilación y contraste. Pero además, la congruencia o no entre la ubicación autopercebida y la ubicación del partido votado no se explica únicamente según la asimilación o el contraste con propuestas en materia de políticas públicas, sino que influye el encuadre comunicacional de la información a la que cada individuo accede. Esto se ilustra con los resultados de un experimento en el que se solicita ubicar en una posición a un candidato, no sin antes presentar a los individuos encuestados la misma información con diferentes encuadres que pueden o no coincidir con sus posicionamientos previos. Se muestra que cuando no coinciden, el contraste se incrementa, porque los encuadres dan lugar a los conflictos entre distintos candidatos, que trascienden las políticas públicas. Es la insistencia sobre estos conflictos lo que incrementa los niveles de contraste y, por tanto, lleva al extremo la polarización.

Para finalizar el desarrollo de los aspectos vinculados a los usuarios, en el capítulo 6 se describe cómo se logra dar legibilidad a las redes sociales. Es la estructura o topología de la red que resulta de la “simbiosis” entre las reglas que regulan su funcionamiento (algoritmos) y los comportamientos de los distintos tipos de usuarios (los roles que ocupan distintos usuarios y qué tipo de información o eventos activan a diferentes grupos políticos, entre otros). Se encuentra que se suelen identificar los usuarios (nodos) agrupados en burbujas de interacciones (aristas) según su afinidad, lo cual se representa con una cercanía en un espacio de coordenadas. Se muestra que diferentes criterios prácticos determinan grafos distintos para representar una topología. Sin embargo, los autores explicitan que, si bien el modo de organizar la información puede responder a criterios de practicidad, los diferentes grafos no son meramente una herramienta, pues condicionan el recorte interpretativo de la información, que, a su vez, es utilizado para provocar modificaciones en las topologías estudiadas. La comprensión del funcionamiento y de la estructura de una red social

no es un saber “pasivo” sino que es un conocimiento que hace posible la intervención de la red de acuerdo con objetivos específicos (publicidad, militancia política, entre otros).

En el capítulo 7 se busca mostrar cómo la estructura, intención y sentido de la activación en cascada, en las redes sociales, es el mecanismo por el que la atención selectiva, de la que se habló en los capítulos anteriores, deviene en encuadre y comunidad de información. El modo en el que se socializan distintos elementos de encuadre crea *narrativas que son localmente coherentes*. El caso Maldonado de 2017 se utiliza en el capítulo 8 como ejemplo para analizar cómo circularon por las redes sociales diferentes encuadres según los distintos sectores políticos, impulsados inicialmente por *las voces de bajo rango dentro de la jerarquía comunicacional*. El encuadre no necesariamente es el que seleccionan las autoridades mediáticas tradicionales, sino que puede surgir de comunidades de usuarios de más baja jerarquía en las redes identificadas con diferentes sectores políticos. Se interpreta, esto, entonces, como un mecanismo por el cual un espacio político genera propiedad sobre un tema, concepto tomado de la ciencia política. Los temas sobre los que no posee propiedad un espacio político quedan por fuera de sus discursos. No se habla de ellos. Esto se ve reflejado en los espacios comunicacionales, y también en las comunidades de usuarios en las redes sociales que, según se muestra, funcionan de manera completamente análoga. Los temas que circulan localmente en las comunidades de las redes son los temas de los que se han apropiado según su identificación política.

En el ejemplo del caso Maldonado se muestra cómo en un primer período de tiempo el contenido solamente circulaba localmente entre los usuarios opositores y era vinculado a los medios tradicionales también opositores, mientras que se encontraba completamente ausente en los espacios que respondían al signo político oficialista. Pero cuando el tema se vuelve “demasiado importante” queda en evidencia esta ausencia como tal, y ya no puede evadirse en el discurso mediático. Los medios opositores entonces entran en el diálogo, proponiendo su propio encuadre. Sin embargo, este encuadre no es el que necesariamente queda instalado en las redes sociales. El mecanismo de activación en cascada depende de la intervención de otros usuarios que proponen encuadres diferentes. La pregunta que sigue es si los medios tradicionales tienen algún tipo de control sobre los procesos de activación en cascada. Ambos mecanismos son posibles y esto es lo que se ilustra en el caso elegido como ejemplo. El sector político oficialista impuso su encuadre desde arriba en la jerarquía mediática, mientras que el sector opositor tuvo un encuadre que se había generado previamente en los usuarios de menor rango.

En una analogía con la continuidad de los elementos geográficos según el concepto espacial de cercanía, se establece que en las redes sociales también hay continuidades ligadas a cercanías, aunque no espaciales sino cognitivas. Esto es lo que se introduce en el capítulo 9. Las conexiones que dan estructura a las redes sociales tienen que ver con intereses, gustos, preferencias e ideología. En consecuencia, los medios tradicionales no tienen una presencia homogénea en las redes, y tampoco exclusiva.

En el capítulo 10 se describe la estrategia digital política conocida como “astroturfing”. Consiste en generar numerosos perfiles conectados en diferentes redes sociales con el contenido necesario para darles credibilidad como usuarios reales, y sitios de noticias falsos. Estos aparatos se pueden manipular con diferentes propósitos políticos, tanto de apoyo como de oposición. Mediante el caso de la elección presidencial de Jair Bolsonaro en Brasil se siguen las huellas informáticas de la política de astroturfing, donde la activación en cascada y la creación de encuadres mediáticos locales fueron por diseño. Pero para explicar el éxito de este mecanismo no alcanza con identificar la manipulación planificada, requiere tanto de la participación casual de usuarios que no están vinculados con la operación como del vaciamiento del espacio comunicacional del enemigo. Para estudiar los mecanismos por los que se logra este cometido se utilizan las herramientas conceptuales de “news sharing” y “gatekeeping”, provenientes de la comunicación política. Estos conceptos se encuentran tradicionalmente vinculados con el estudio del comportamiento a nivel micro y macro de los procesos por los que los medios tradicionales seleccionan y clasifican la información. En este caso permiten visualizar las lógicas de las redes sociales cuando son mediadas por la manipulación prediseñada.

Después del oscuro panorama desarrollado en el capítulo 10, el capítulo 11 cierra el análisis de la diversidad de fenómenos comunicacionales en las redes a modo de “final feliz”: las redes sociales también pueden despolarizar. Cuando un tema tiene la suficiente relevancia como para suscitar la participación de usuarios no afines a las posturas más extremas, que con frecuencia no participan activamente, se reordenan las conexiones aunque no se modifique la topología de la red. Esto depende de los temas que se traten en las redes y no solo de los usuarios y sus identificaciones políticas. Los temas que se debaten pueden despolarizar cuando tratan de dimensiones que no necesariamente se identifican con signos políticos mayoritariamente representados. Además, los temas inciden en el contenido de los intercambios y debates, haciendo que los mecanismos de manipulación por diseño no logren una penetración efectiva en la discusión. Esto se

ejemplifica mediante el seguimiento de la discusión de la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo en Argentina en 2018.

Es una ilusión que las redes sociales son el espacio en el que todos y todas podemos expresarnos libremente. La ilusión está construida sobre la base de una realidad: es real que cada uno de nosotros puede *libremente* abrir su aplicación, subir un mensaje y hacerlo público. Pero esa libertad se diluye. No se censura. Y ahí está la trampa. La publicación existe, pero su alcance está condicionado por múltiples factores que generan una trama compleja que hasta incluso puede manipularse si se cuenta con los recursos necesarios. La propuesta de los autores es desnudar esta trama mediante mediciones precisas, explicitando sus métodos aunque por momentos devienen en párrafos excesivamente técnicos para los usos y costumbres de los textos de corte más popular. Es de especial interés que no solo se describen métodos y resultados, sino que también se hacen explícitos los límites que estos imponen en su interpretación.

Por último, vale la pena señalar un aspecto cuidadoso para la lectura de este libro. Los autores no se ubican en una posición neutral. Sobre todo hacia el final del texto, la búsqueda de horizontes que habiliten alternativas despolarizadas no debe confundirse con pretensiones de formas neutrales de vincularse con los contenidos comunicacionales en las redes sociales. Una primera posición que se puede identificar aquí es acerca de la polarización misma: queda claro que hay una búsqueda por poner en evidencia sus consecuencias no deseadas. Pero la alternativa superadora que se propone no es una posición intermedia. No se propone “neutralizar” la polaridad haciendo que las posiciones extremas encuentren puntos en común, puntos de diálogo, y así se llegue a una posición tan compartida y consensuada que devendría en posición neutra y unificada. Tampoco se asume que existe una posición neutra o fondo absoluto respecto del cual valorar cada una de las posiciones extremas del escenario polarizado. Esto se ve con claridad en el modo en que se aborda el caso Maldonado: los autores no presentan las dos partes con pretensiones de objetividad. En el relato se puede ver que se ubican más cerca de una de las dos partes: la que en aquel entonces tenía el rol de oposición al gobierno.

